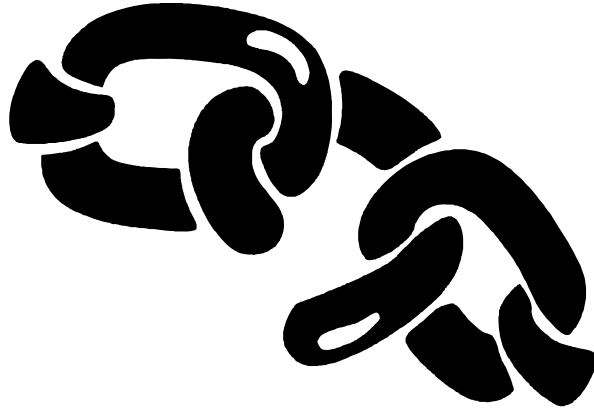


“LIBÉRESE DE LAS CADENAS QUE LE ATAN”

**(Domingo 11 de julio de 2010)
(Número 375)**

(Por el pastor Emilio Bandt Favela)



LÍBERESE DE LAS CADENAS QUE LE ATAN

***“y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres”
(Juan 8:32)***

La generación presente dice que la esclavitud es cosa del pasado, que hoy, todos somos libres. El cristiano, tiene una doble razón para asegurarlo, puesto que además de una libertad física, goza también de una libertad espiritual en Cristo.

Sin embargo, no basta al hombre disfrutar de libertad física y espiritual; los terapeutas, los psicólogos, los psiquiatras, los médicos, nos dicen que hay todavía una esclavitud que se cierne sobre el ser humano y los cristianos no estamos exentos de sufrirla: Es la esclavitud emocional.

Cuando usted alberga mucho tiempo en su corazón un enojo, una decepción, un resentimiento, una ofensa, un altercado, etc. Usted es esclavo de ese sentimiento. ¡Necesita liberarse cuanto antes!

Usted como cristiano dice que Cristo reina en su corazón, quizá sea cierto, pero cuando le da lugar a la amargura, entonces quien gobierna su ser no es Cristo Jesús, sino ese amargor.

La Biblia lo dice muy claro: ***“¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis...?” (Romanos 6:16).***

Esa raíz de amargura es la que controla toda su vida. Por favor, dese cuenta de ello. Obsérvese, como cambia su estado de ánimo cuando la persona a quien le guarda resentimiento se acerca, vea que usted no es el mismo, ni aún con sus seres queridos, porque le gana la acidez de toparse con quien le ha ofendido.

¡Eso, querido hermano, es esclavitud emocional!

Usted es esclavo de un sentir que su honor ha sido herido; es esclavo de sostener el sentimiento de haber sido ofendido; usted es esclavo de luchar con su conciencia y convencerla de que está en lo correcto al odiar al hermano; usted es esclavo del anhelo insano de pagar con la misma moneda; o de querer “castigar” al culpable con el látigo de su desprecio; usted es esclavo de querer que de alguna manera el ofensor reciba su merecido.

Usted es esclavo de un aguijón punzante, de una aguja hiriente, de una espina dolorosa. Es esclavo de tener que conservar su enojo, su resentimiento, su egoísmo, todo lo cual es un desgaste inútil de energía y de vitalidad.

Usted es esclavo, porque todos esos sentimientos lo aprisionan.

Y por si eso fuera poco, tiene que luchar con el mismo Espíritu Santo quien le invita insistentemente a perdonar, a amar, a tener misericordia, a comprender, a restaurar, a sanar esa relación.

¡Cuán cierto es que el esclavo hace lo que el esclavizante le dice!

Mientras que el Espíritu de Dios le dice: "Salúdalo"; usted dice: "No, mejor hago como que no lo vi". Mientras el Señor le incita a perdonar y a arreglar de una buena vez el asunto, usted se dicta: "No, porque la ofensa que me hizo no tiene perdón, es algo muy grave y no puedo hacer como si nada hubiera pasado".

¡Usted necesita librarse de esa amargura! Si no lo hace sucederán tres cosas inevitables según la Palabra de Dios: ***"Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados"* (Hebreos 12:15).**

¿Observó usted bien? (1) La primera consecuencia es que dejará de alcanzar la gracia de Dios. (2) La segunda consecuencia es que esa amargura le estorbará en su vida espiritual y en su relación con Dios y con sus semejantes. Y (3) La tercera consecuencia es que muchos a su alrededor serán contaminados.

Por dejar de alcanzar la gracia de Dios no debe entenderse perder la salvación, pero sí muchas bendiciones que serían suyas si no almacenara en su corazón tanto coraje y odio. Guardar el enfado le estorba en su vida espiritual, en su relación con Dios y con sus semejantes. Le roba el gozo de su salvación, le reprime para dar fruto espiritual abundante y permanente y le impide testificar a otros del amor de Dios. Y algo todavía además es que muchos a su alrededor se verán contaminados con su contrariedad pues sin duda usted les comenta el disgusto que tiene y sus razones para ello y por ende, sus allegados, por solidaridad también sienten la misma enemistad que usted y muchas veces, sin saber a ciencia cierta, que fue lo que en realidad pasó.

¡Tenga mucho cuidado! El costo por sentirse ofendido es mayor que el precio por la ofensa. En otras palabras, el ofensor muchas veces anda tan campante y feliz de la vida, mientras a usted se le retuerce el hígado, se le llena la vesícula biliar de piedritas, se le derrama la bilirrubina, se le sube la presión arterial y la diabetes y está a punto de un infarto agudo al miocardio.

Todas esas emociones dolorosas van al cuerpo, allí se procesan y enferman a las células, las cuales se vuelven cancerígenas. Está demostrado, según algunos estudiosos, que las enfermedades por cáncer, tienen mayormente su origen en rencores acumulados.

Quienes se dedican a estudiar el tema de la emociones nocivas nos dicen que el resentimiento almacenado provoca estrés que es la enfermedad moderna, pero también distrés que es una tensión mucho mayor y ésta puede provocar muchos males en el cuerpo como diabetes, hipertensión, embolias, infartos, diversos tipos de cáncer y otras muchas enfermedades.

¿Por qué cargamos con todos esos males en potencia? No tiene caso apostar la vida tan sólo por una ofensa por muy grave que haya sido ¿No cree usted?

Pero fíjese que el andar atesorando enojos no sólo le puede traer grandes riesgos a su salud, sino también puede destruir alguna amistad suya de mucho tiempo.

Permítame contarle lo que le pasó a mi padre quien tenía un amigo entrañable desde la infancia. "Mota" le decíamos, porque así era su apellido, era un hombre solitario pues no tenía familia, por lo que desayunaba en nuestra casa todos los días, sin fallar uno solo. Decía que le gustaba mucho como mi mamá preparaba los frijoles y el café de grano.

Un día llegó una persona al taller de mi papá y le ofreció en venta dos pavos (en mi tierra se le llaman cóconos). Mi padre aceptó y le pagó el importe correspondiente, pero le pidió de favor que los llevara a su domicilio y le dijera a mi mamá que él los enviaba.

Aquella persona así lo hizo, pero en el trayecto se encontró con Mota y le hizo la misma oferta. Mota le pagó el precio y como se dirigía a nuestra casa para hacer un trabajo de albañilería llevó los cóconos para allá. Terminado el trabajo, Mota tomó sus dos animalitos y se fue a su casa. Cuando mi papá llegó a casa le preguntó a mi mamá por los dos cóconos y ella le contestó que se los había llevado Mota. Mi padre se disgustó y al día siguiente le reclamó a su amigo el porque se había llevado los animales. Mota le dijo que eran suyos, puesto que los había pagado, pero en la mente de mi papá también eran suyos por la misma razón. Mi padre tildó a su amigo de ratero y ladrón, aquel se ofendió mucho y jamás volvió a nuestra casa.

Todos los hijos y demás familiares tratamos de persuadirlos de que depusieran su enfado, que no valía la pena sacrificar tantos años de amistad por unos cuantos pesos, pero ninguno de los dos cedió. Mi padre era cristiano, Mota no lo era. Le correspondía a mi padre reconocer su error, disculparse, sanar la relación, pero nunca lo quiso hacer. Por eso, cuando nos avisaron que habían encontrado a Mota muerto en su humilde jacal con varios días de fallecido, mi padre no pudo ocultar su sorpresa, pero también en su rostro la expresión inequívoca que resulta cuando uno se da cuenta que es demasiado tarde para hacer algo. Mi padre vivió esclavizado por su enojo todos esos años y eso le impidió darle un buen testimonio a su amigo para que él tuviera un encuentro personal con Cristo. Cuando quiso hacerlo ya era imposible.

No permita que le suceda a usted lo mismo, que después cuando quiera reconciliarse sea demasiado tarde. El tiempo pasa y puede ser que no le alcance para ponerse de acuerdo con su hermano. ¡Mejor hágalo hoy mismo!

Pero fíjese que la esclavitud emocional no sólo le atrae graves riesgos de enfermedades o de lesionar sus relaciones personales, sino lo peor, dañan su relación con Dios.

Vivir con un rencor guardado en el pecho, no le permite adorar con plenitud al Señor. Su deseo de venganza, de perjudicar de alguna manera a su ofensor, se constituye en un serio obstáculo para su comunión con Dios.

Tiene mucha razón la himnóloga ecuatoriana Gladys Terán de Prado cuando escribe: “¿Cómo puedo yo orar resentido con mi hermano? ¿Cómo puedo yo orar resentido con mi hermano? Dios no escucha la oración, Dios no escucha la oración si no estoy reconciliado. Dios no escucha la oración, Dios no escucha la oración si no estoy reconciliado” (Tercera estrofa del himno No. 261 del Himnario Bautista)

Así, de la misma manera, usted no puede orar, ni adorar, ni darle gracias a Dios si no está libre de todas estas cadenas que le atan.

Y es que lo cierto es que no podemos ofrecer a nuestro Señor un corazón contaminado, sucio, enlodado por el fango del odio y el resentimiento.

La Santa Escritura dice que el que estará en el Lugar Santo será el limpio de manos y puro de corazón (Salmo 24:3-4). Por lo tanto, deshágase de la basura del odio, haga una buena limpieza en su corazón y purifíquelo.

La Biblia nos cuenta de dos hermanos: Jacob y Esaú.

Como todos sabemos Jacob robó a su hermano la primogenitura y la bendición de su padre Isaac. Sin embargo, Esaú se consolaba con la idea de matar a su hermano Jacob (Génesis 27:41-42).

Esaú, además de ser esclavo de su rencor, vivía con una sed de venganza, con la idea de desquitarse de su hermano, de algún modo “castigar” a quien había abusado de su confianza. ¿Puede un corazón así adorar a Dios libremente?

Otros dos hermanos: Absalón y Amnón eran hijos del rey David. Amnón cometió una gravísima falta al violar a su hermana Tamar y entonces Absalón lo aborreció (2 Samuel 13:22). Vivió con ese rencor guardado en su corazón y no descansó hasta que hizo que sus siervos mataran a su hermano Amnón (2 Samuel 13:28).

Está muy clara la fórmula ofensa + resentimiento = homicidio.

Cuando uno guarda rencor hacia algún prójimo, lo que está alojando es un sentimiento homicida. Quizá me diga que no llega a tanto, pero la Palabra de Dios me avala al afirmarlo: ***“Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él” (1 Juan 3:15).***

La fórmula infalible para remediar toda amargura, pesar, odio, resentimiento, rencor, coraje, enojo, recelo, rabia, enfado, etc. Es viniendo a los pies de nuestro amoroso Salvador Cristo Jesús.

ÉL mismo lo dijo: ***“... De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado. Y el esclavo no queda en la casa para siempre; el hijo sí queda para siempre. Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres” (Juan 8:34-36).***

Saulo de Tarso era un hombre que odiaba a los cristianos; dice la Biblia que cada vez que respiraba emitía una amenaza contra ellos: Saulo, respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor...” (Hechos 9:1). Pero esto pasó hasta el día que tuvo un encuentro personal con el Señor Jesús. Ese día, el Señor lo curó de todo su odio, su coraje, su enfado.

Lo mismo hará el Amoroso Salvador por usted si viene a sus pies y le pide que le ayude a sanar completamente su corazón.

Usted necesita orar, invertir buen tiempo en la oración. Por lo menos debe orar una hora diariamente hasta que el Señor eche fuera todo mal sentimiento de su vida.

E igualmente, perdone a su ofensor. El propósito de Dios es que perdonemos. El Señor sabe que al perdonar atraemos grandes bendiciones.

Hay beneficio para el que es perdonado. David dice que es bienaventurado aquel que es perdonado (Salmo 32:1). Y es que al que es perdonado se le inyecta nueva energía, nueva paz, nueva confianza y nueva seguridad.

Pero la Biblia nos enseña que hay mucho mayores beneficios para el que perdona. Si usted perdona, amado hermano, amada hermana, también recibirá bendición.

Si usted perdona, recibirá la felicitación de su Señor y mucha paz. Estará dando evidencia de que verdaderamente el perdón de Dios mora en su corazón.

Usted debe perdonar porque es la mejor expresión del amor. Al perdonar se es verdaderamente feliz; al perdonar se es realmente libre; el perdón produce salud. En el perdón no sólo hay sanidad física, también hay salud interna. Perdonar tiene mucho que ver con bendecir.

Sí. No olvide este binomio perfecto: Orar y perdonar.

¿Vale la pena hacer tanto esfuerzo? ¡Claro que sí! Usted debe hacerlo primeramente por el Señor, porque ÉL, como amante Padre, espera que lo haga y también hágalo por usted mismo.

Hable con la persona ofensora y dígame que el Señor le ha guiado a perdonarla; o hágale una tarjeta; o escríbele una carta; o haga un certificado de perdón. Mencione por nombre las ofensas: “Te perdono por esto y por esto otro”. ¡Hágalo! Y vivirá la hermosa experiencia de sentirse completa y felizmente libre.

Con sincero aprecio
Pastor Emilio Bandt Favela.

RINCÓN PASTORAL:

“ES LO ÚNICO”

Ernest Hemingway escribe en su libro “París era una fiesta” acerca de un padre y un hijo que eran ídolos en España. Por alguna circunstancia se rompió la relación entre ellos y el hijo huyó de casa. El padre lo buscó por todas partes sin hallarlo. Por fin publicó un anuncio en el diario: “Paco, te quiero perdonar y que me perdones, nos vemos mañana a las 9:00 hrs. en las afueras del diario de Madrid”. A la mañana siguiente, estaban ochocientos Pacos, todos en busca de perdón.

Hay muchísimos Pacos que lo único que quieren es su perdón.

